

«El». (Caricatura de Galantara.)

Así nació el Fascismo:

# Italia tras la Gran Guerra, la ocupación de las fábricas

Rafael Asin  
y  
Eduardo Casanova

## Fracaso de un triunfo

**C**UANDO la Italia de 1919 aún no ha celebrado el cincuenta aniversario de su nacimiento como estado unitario acaba de poner fin a una guerra victoriosa sobre Austro-Hungría. El viejo imperio de los Ausburgo, el enemigo histórico de la Italia del resurgimiento, se ha hundido; pero esta victoria y el desmoronamiento del enemigo tradicional van a reportar escasas satisfacciones a la Italia postbélica. Ni los que desearon la guerra, ni los que se opusieron a ella, van a ver su conclusión como un triunfo; para unos supone la desilusión, para otros la ruina.

Italia interviene en la Primera Guerra Mundial comenzado ya el conflicto, y, en contra de todo lo posible, lo hace junto a las potencias aliadas. Le arrastra a esta decisión un sector de su clase política conservadora, inducida por el gran capital in-

dustrial, con el apoyo de una minoría nacionalista de claros visos imperiales y, además, con la anuencia de la corona.

El primer ministro, Salandra, y el ministro del Exterior, Sonnino, firman en Londres, el 26 de abril de 1915, un pacto secreto en el que se comprometían a declarar la guerra a Austro-Hungría en el plazo de un mes. De nada sirve que la mayoría de la nación esté en contra de la intervención: las voces de pacifismo e internacionalismo lanzadas por católicos y socialistas son acalladas por los gritos de los nacionalistas; a la cabeza de éstos, y en las manifestaciones que se suceden a lo largo del mes de mayo, un hombre ambicioso, un tráfuga del socialismo: Benito Mussolini.

Cuando la guerra concluya, Italia, gracias al pacto de Londres, obtendrá el Trientino, Trieste e Istria; además, podrá ejercer su influencia sobre Albania y apropiarse también de la mayor parte de las islas del litoral dálmata. Asimismo se

ha hablado de posibles compensaciones en Africa y Asia Menor. El «irredetismo» se ha convertido en imperialismo descarado y se descubre así la oculta intención de la minoría que había precipitado a la nación a la catástrofe de la guerra.

En 1919, Italia se reúne en Versalles con las otras tres grandes potencias vencedoras: Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Pero las cosas han cambiado mucho desde el año 1915: los aliados ya no necesitan del «hermano pobre» italiano; las promesas del Pacto de Londres (hecho público a raíz del descubrimiento llevado a cabo por los bolcheviques en los archivos secretos del Ministerio de Asuntos Exteriores zarista) se someten a revisión. El imperio de los Ausburgo ha desaparecido, y en su lugar aparece un mosaico de nacionalidades que luchan por su integridad territorial. En la Conferencia de Paz, el presidente de los Estados Unidos, Wilson, apoya firme-



Obreros de la fábrica de automóviles «Lancia», en Turín, ocupada por ellos en septiembre de 1920.

mente estas aspiraciones. Frente al nacionalismo italiano se alza ahora el nacionalismo yugoslavo. Istria y Trieste son recuperados por Italia, pero no las islas del litoral dalmata, ni Fiume; además, no recibe ninguna compensación colonial ni en África ni en Asia Menor. La delegación italiana, encabezada por el primer ministro, Orlando, abandona airada la Conferencia de Paz de París. De nada servirá; Italia, necesitada de la importación de materias primas de sus aliados, se verá obligada a firmar el tratado de paz en junio de ese mismo año.

Los nacionalistas veían así escatimadas buena parte de sus aspiraciones; los que habían llevado a Italia a la guerra salían de ella defraudados, hablando de una «victoria mutilada»...; pero toda la nación salía de ella arruinada: cinco millones de inmobilizados, setecientos mil muertos, un millón de heridos, seiscientos mil prisioneros, ochocientos ochenta mil desertiones y tres años de gue-

rra es el saldo de esa aventura, y nos pone en antecedentes de más profundas consecuencias.

---

### La ruina de la pequeña burguesía

---

Italia, menos rica que sus aliados, había sufrido, pues, hondamente los efectos de la guerra. Un país de 36 millones de habitantes, con un déficit permanente en su balanza de pagos, paliado sólo por la constante hemorragia de la emigración y por los ingresos del turismo, no estaba capacitada para enfrentarse a una larga contienda. Los gastos del Estado habían pasado de 2.500 millones de liras en 1914, a casi 40.000 millones en el 18. La emisión de deuda pública, el recrudescimiento de los impuestos y la inflación ayudaron a financiar las campañas. Con la llegada de la paz y la supresión del control de cambios, la lira se derrumba. En 1920 se nece-

sitan 28 liras para comprar un dólar, cuando en agosto del 14 esto mismo se podía hacer por cinco liras. Con la depreciación viene la ruina de los pequeños propietarios; sus ahorros se esfuman y los bonos de guerra no valen nada. Los funcionarios y aquellos que perciben pensiones estatales ven disminuir su capacidad adquisitiva y degradarse su «status» social. A esto hay que añadir la desmovilización de más de 160.000 oficiales que, después de haber pasado tres años en el frente, son licenciados forzosos; de procedencia burguesa y pequeño-burguesa, pasan auténticas dificultades económicas y son insultados en la calle por los obreros, que los consideran responsables de la guerra. De entre estos hombres (pequeños propietarios arruinados, funcionarios, oficiales sin empleo), desilusionados de los resultados de una guerra que tantos esfuerzos les ha costado, es de donde van a nutrirse los primeros cuadros del fascismo.



En las elecciones de noviembre de 1919 el partido socialista italiano obtuvo casi el 30 por ciento de los votos y consiguió 156 escaños en el Parlamento.

### Las esperanzas del campesinado

Italia es todavía en el 18 un país fundamentalmente agrícola. Un 55 por 100 de la población vive de la tierra, pero ésta no es muy fértil; sólo un 20 por 100 del territorio nacional, casi todo él localizable en el Norte, es rentable. Este es uno de los factores a tener en cuenta a la hora de explicar el desequilibrio Norte/Sur. Esta tierra agreste, cultivada durante siglos, casi agotada, sufre un reparto de la propiedad verdaderamente injusto: de los 22 millones de hectáreas cultivadas, 18 pertenecen a 500.000 familias, mientras que las otras tres se reparten entre 4.500.000 pequeños propieta-

rios. El pequeño labrador y el bracero se confunden y forman masa conjunta en el mar del latifundio. El campesinado ha constituido el grueso de la infantería italiana, la cual ha sido sacrificada en inútiles ataques frontales contra el enemigo; para que realizase este esfuerzo se le ha prometido la tierra, sobre todo cuando el espectro de la defección en masa ha recorrido las filas del ejército.

Al llegar la paz, los campesinos se encuentran con que las promesas se han olvidado; les esperan, por el contrario, los salarios de hambre o el paro. Más de 200.000 desempleados se contabilizan en el agro italiano durante el año 19, sin contar los que sólo tienen trabajo de temporada. El proble-

ma es especialmente grave en la zona meridional, pues es allí donde el latifundio está muy extendido y donde sigue prevaleciendo la figura del «padrone».

Sin embargo, la promesa de la reforma agraria no se había hecho en balde: los campesinos tienen hambre de tierras, y así en el año 19 se desata una oleada de ocupaciones de tierras en baldío.

Los pequeños labradores y los braceros, encuadrados casi todos ellos en las «ligas rojas» (dirigidas por el Partido Socialista) y en las «ligas blancas» (alentadas por el Partido Popular, de inspiración católica), invaden las tierras de los grandes propietarios...; así, la vieja estructura de la propiedad agraria se tambalea.

### El crecimiento y los problemas de la gran burguesía

La industrialización llegó tarde a Italia y el capitalismo italiano sufrió entonces las contradicciones inherentes a este retraso. Propiciado por la protección estatal y dinamizado por la inversión extranjera, el «desepegue» no se efectúa hasta la última década del siglo XIX. Concentración geográfica en la zona Norte (en torno al triángulo Milán-Génova-Turín), concentración del capital y gigantismo precoz son algunas de las características del desarrollo industrial italiano, que habiendo quemado etapas y no estando todavía consolidado, ya ha entrado en la era del Imperialismo.

La burguesía, débil, pero agresiva, se tiene que enfrentar a un doble enemigo: el capitalismo agrario, que monopoliza el poder político y el naciente proletariado. En el año 14, cuando la existencia de la burguesía ya ha sido cuestionada por un poderoso movimiento obrero, ésta todavía no ha

alcanzado su mayoría de edad y aún no ha tenido sus oportunidades en el poder. Ambas cosas las conseguirá durante la guerra y la postguerra. Interesada en la intervención, es la única clase que va a salir beneficiada de la contienda. Los pedidos estatales se multiplican; y la producción de hierro y acero pasa de 200.000 a un millón de toneladas al año.

Empresas como la FIAT doblan su capital; se crean grandes «cartels» ligados al capital financiero (como ILVA, dependiente de la Banca Commerciale, o ANSALDO, unido al Banco Disconto).

Italia sale de la guerra con un capitalismo fortalecido, pero preso de una debilidad estructural. Necesidad de financiación, reestructuración de las industrias bélicas, finalización de un período de fáciles beneficios, escasa participación en el poder, miedo a la revolución, etc., son los principales problemas que amargan el triunfo del gran capital. Urge encontrar una salida política a

esta situación: la gran burguesía la hallará en el fascismo.

### La crisis política

Italia, monarquía parlamentaria, en teoría, desde la Unificación, vive las últimas décadas del siglo pasado en un auténtico divorcio entre el país real y el país legal. Gobernada por políticos conservadores y empiristas ligados al capitalismo agrario, apenas cuenta con algún estadista de talla. Con una ley electoral que favorece el caciquismo y margina la voluntad popular, llega a principios de este siglo con un parlamento dominado por un hombre de gran altura política: Giolitti, liberal, astuto y maniobrero, que logra aglutinar en torno a su persona a los deslabazados grupos parlamentarios. Su particular manera de hacer va a dar nombre a un época: «la era Giolitti.»

Al terminar la guerra la si-

tuación política cambia: tiene que cambiar. Ya no sirven las camarillas parlamentarias para gobernar un país en el que las masas han sido movilizadas por mor del conflicto. Aparecen en escena auténticos partidos políticos, como el Popular. Fundado por un sacerdote siciliano, Luigi Sturzo, pretende aglutinar en sus filas al poderoso movimiento católico italiano. Con él se interrumpe la política de boicot, seguida por la Santa Sede respecto al nuevo estado nacido de la Unificación.

En 1919 se proclama una nueva ley electoral basada en la representación proporcional por listas: se rompe así con el electoralismo personalista de la época anterior. Las viejas camarillas liberales entran en crisis. Las elecciones del 19 son una auténtica sorpresa: 172 escaños para el PSI y 101 para el Partido Popular sobre los 509 con que cuenta la Cámara. Los ganadores han sido los partidos de masas que desbancan ahora a las viejas per-



«Guardias rojos» empuñando las armas ante los locales de una fábrica de Milán, ocupada por los obreros en septiembre de 1920.

sonalidades políticas. En concreto, el ganador ha sido el PSI, el partido mayoritario de la clase obrera.

### El movimiento obrero y el socialismo italianos

La interrelación de dos factores fundamentales, «Il Risorgimento» nacional y el atraso económico, contribuyeron a darle al movimiento obrero italiano su carácter particular.

En los dos primeros tercios del siglo XIX la actividad de las

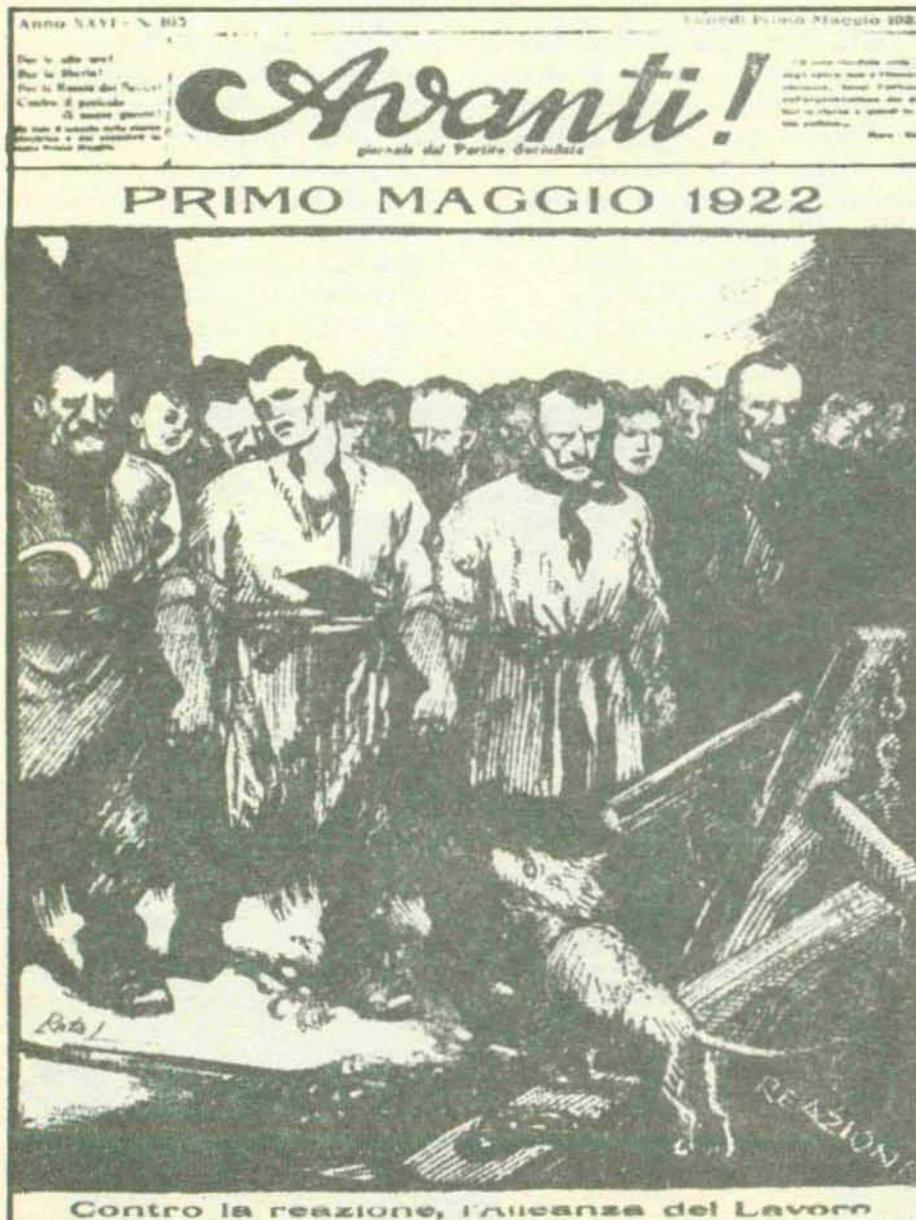
minorías ilustradas, que viven la renovación y el cambio por influencia exterior, se centra en el problema patriótico de la Unificación. Incluso para los más radicales teóricos del cambio social, como Psicane, se confunde la cuestión nacional y la lucha de clases.

Las ideas de la Primera Internacional entran en Italia de manos del propio Bakunin, pero no cuajan sino como un conglomerado de radicalismo populista al servicio del nacionalismo: buen ejemplo de ello es la integración en los círculos internacionalistas de hombres como Mazzini y Garibaldi.

Tampoco existen condicio-



Antonio Gramsci (1891-1937).



La portada de «Avanti!» conmemorativa del 1.º de Mayo de 1922. Más tarde, el fascismo sustituyó el 1.º de Mayo por el «Natalicio de Roma»...

nes para que sea de otra manera, pues el atraso económico en el que se ve sumida Italia diferencia su proceso unificador del seguido por Alemania, en donde la industrialización acelerada durante las décadas del 70-80 posibilita una clara delimitación ideológica entre burguesía y proletariado, y el nacimiento de un poderoso movimiento obrero. En este mismo período, en Italia todavía no podemos hablar de industrialización. El 80 por 100 de la población depende del agro; el desarrollo urbano es escaso. Aunque los fundamentos socio-jurídicos del antiguo régimen han sido destruidos, buena parte de su estructura económica permanece intacta, sobre todo, es obvio decirlo, en el Sur.

Las «clases populares» están formadas por dos estratos más o menos bien definidos: una pequeña burguesía urbana y rural ligada al artesanado y al minifundio, de filiación radical y que ha sido la base del movimiento «resorgimental», y un lumpemproletariado urbano en unión a un campesinado sin tierras, que con escasa —por no decir nula— conciencia política, se encuentra constantemente en lucha por la subexistencia. La suma de este conglomerado con una auténtico proletariado que va a ir apare-

ciendo poco a poco en la Italia del Norte, van a ser la base del movimiento obrero italiano en su formación. Movimiento obrero que va a aparecer fuertemente teñido de anarquismo y jacobinismo en sus primeras manifestaciones, presentándose como un caso particular en el conjunto del movimiento obrero europeo.

La nueva clase no alcanza la mayoría de edad hasta que no aparece como una opción política definida, y esto no sucede hasta las últimas décadas del siglo. Por convocatoria de los círculos obreros milaneses se reunió en Varesse el Primer Congreso Nacional de Trabajadores. El octavo de estos Congresos, el celebrado el agosto de 1892 en Génova, da a luz al Partido de los Trabajadores Italianos, que se adherirá a la Segunda Internacional, fundada en el 89. En su Tercer Congreso, en Parma en 1895, adoptará de un modo definitivo el nombre de Partido Socialista Italiano. Con el Congreso de Génova se había operado la teórica división entre socialismo y anarquismo, si bien es cierto que también las dos tendencias, en unión al radicalismo, seguirán conviviendo en el seno del nuevo partido, imprimiéndole un carácter muy concreto.

Las dos primeras décadas del socialismo italiano discurren por una doble vertiente: la de la consolidación e implantación material y la de la clarificación ideológica. Coincidiendo con el arranque de la industrialización, el PSI se afirma como una de las primeras formaciones políticas del país, llegando a tener en el año 14, 53 diputados en la Cámara, a pesar de una ley electoral adversa.

En el plano ideológico sufre en sus filas la influencia del revisionismo bresteiniano, definiéndose en una de sus alas, encabezadas por Turati, claramente por esta postura reformista.

A raíz de la agresión impe-

rialista italiana contra Libia (1910-11), el partido se inclina por el internacionalismo frente a la defensa de los «intereses nacionales».

Con esta postura clara el PSI llega a la Primera Guerra Mundial, sin poderla evitar. A lo largo de todo el conflicto mantuvo una postura evasiva sin participar en los gabinetes de Unidad Nacional, como los socialistas de otras naciones, pero tampoco se opuso con firmeza a la contienda.

El PSI fue uno de los promotores de las conferencias internacionalistas de Zimmerwald y Kienthal, en las cuales los socialistas contrarios a la guerra intentaron de un modo simbólico mostrar su rechazo al colaboracionismo intervencionista de la mayoría del socialismo europeo. El año 17 y el triunfo de la revolución de octubre en Rusia señalan un

punto de reflexión en la trayectoria seguida por el socialismo italiano. Los ánimos se exaltan, la oposición a la guerra se intensifica y el partido, teóricamente, sino de hecho, se divide. El fin de la guerra llega, pues, para el proletariado envuelto en una secuela de miserias, pero cargado de esperanzas revolucionarias.

### La esperanza de la revolución

La situación en Italia al terminar la guerra es explosiva; la inestabilidad social y política ofrecen la perspectiva de un cambio radical; en este marasmo el PSI se muestra como una poderosa alternativa de recambio frente a la débil y contradictoria estructura del poder burgués. Y es en esta situa-



La portada de una edición musical dedicada a la «Marcha sobre Roma», libreto y música de Mario Moretti.

ción, que podríamos calificar de prerrevolucionaria, donde el socialismo italiano va a mostrar su grandeza y sus limitaciones.

Tras la elecciones del 19 el PSI cuenta con la mayoría relativa de la Cámara; a los 172 diputados electos hay que añadir los más de 2.000 municipios con alcaldes socialistas, las 36 diputaciones provinciales controladas por él. Más de 3.000 secciones en todo el país dan al partido una infraestructura sólida y, por último, el control de la mayoría del movimiento obrero encuadrado en la CGIL, central sindical mayoritaria de influencia socialista, que ha pasado de 321.000 miembros en el año 14, a 2.150.000 en 1919. Pero esta fuerza real debe ser relativizada teniendo en cuenta su incoherencia política. El PSI es incapaz de atraerse determinadas capas de la población; no cala entre la pequeña burguesía, que le acusa de antipatriotismo. Tampoco llega a penetrar profundamente en el campesinado, que lo ve como el «partido de la ciudad», y su anticlericalismo radical lo aleja de los católicos; pero su mayor debilidad radica en su desorientación política y en su división.

La Revolución rusa ha abierto una profunda brecha entre el ala reformista encabezada por Turati y la mayoría del partido. Una anécdota recogida por Chabod nos pone en antecedentes de lo que significa este enfrentamiento: en una reunión del partido en la que Turati —uno de los padres del PSI— hablaba de la gradual transformación de la sociedad hasta alcanzar el socialismo, una voz de entre el público gritó: «E troppo lungo!» Turati le contestó si conocía una forma más breve de acceder a él; toda la sala prorrumpió en gritos de «la Russia, la Russia, viva Lenin».

El grueso de la organización, encabezado por Serrati, está por la dictadura del proletariado y el modelo de revolución soviética; así lo afirma en el Congreso realizado en Bolonia el 5 de octubre del 19. El partido promete a las masas exaltadas la revolución, pero no la prepara. Sólo dos pequeños núcleos, nacidos en torno a dos periódicos, se preocupaban en el seno de la organización por los problemas teórico-prácticos de la toma del poder: el grupo de Amadeo Bordiga, creador de «Il Soviet», que opera en la zona de Génova, manteniendo una po-

lítica **untraizquierdista** de escisión en el partido y abstencionismo electoral, y el mucho más comedido grupo turinés encabezado por Antonio Gramsci, creador del periódico «L' Ordine Nuovo», que se preocupa por la formación de soviets o consejos de fábrica, al margen de los sindicatos dominados por el reformismo.

El año 20 se presenta como un año decisivo, la agitación se extiende por el campo y los centros industriales, Italia alcanza el mayor índice de conflictividad de toda Europa. El PSI va a enviar una nutrida representación al segundo Congreso de la III Internacional. En junio, en un manifiesto conjunto PSI y CGIL, han proclamado:

«La crisis burguesa se acelera y está próximo el choque entre burguesía y proletariado.»

En el mismo mes la sedición prendió en las filas del ejército; en Ancona tropas preparadas para ser enviadas a Albania se amotinaron, siendo duramente reprimidas. Toda esta agitación no es canalizada por ninguna dirección política. El PSI no coordina ni prepara la toma del poder, sólo proclama que debe hacerlo.

La burguesía temerosa, se



El Ministerio Facta. (De izquierda a derecha: el presidente del Consejo —Luigi Facta— es el segundo sentado; a su izquierda, Amendola.)



Los fascistas entran en Roma por la vía Nomentana.

organiza; el 7 de marzo tiene lugar la Primera Conferencia de los Industriales Italianos; se pone así en funcionamiento la Confindustria, frente único de la gran burguesía, que va a intentar oponerse de un modo compacto a las aspiraciones de los trabajadores. Pero los métodos seguidos por el gran capital para conjurar la revolución pertenecen a otra época: radican todavía en cambios de gobierno. Vuelve al poder Giolitti, el viejo brujo de la política italiana de fin de siglo; la burguesía cree que sabrá hacer frente a la situación.

El enfrentamiento entre burguesía y proletariado está perfectamente definido en esta frase pronunciada en el Parlamento por el diputado de tendencia socialista-moderada Treves:

«Ustedes (refiriéndose al ala burguesa del Parlamento) ya no pueden imponernos su orden por más tiempo y nosotros no podemos todavía imponerles el nuestro» (1).

(1) «El nacimiento del fascismo». A. Tasca, pág. 85.

La prueba de fuego de esta situación prerrevolucionaria será la ocupación de las fábricas llevada a cabo por los obreros.

### La ocupación de las fábricas

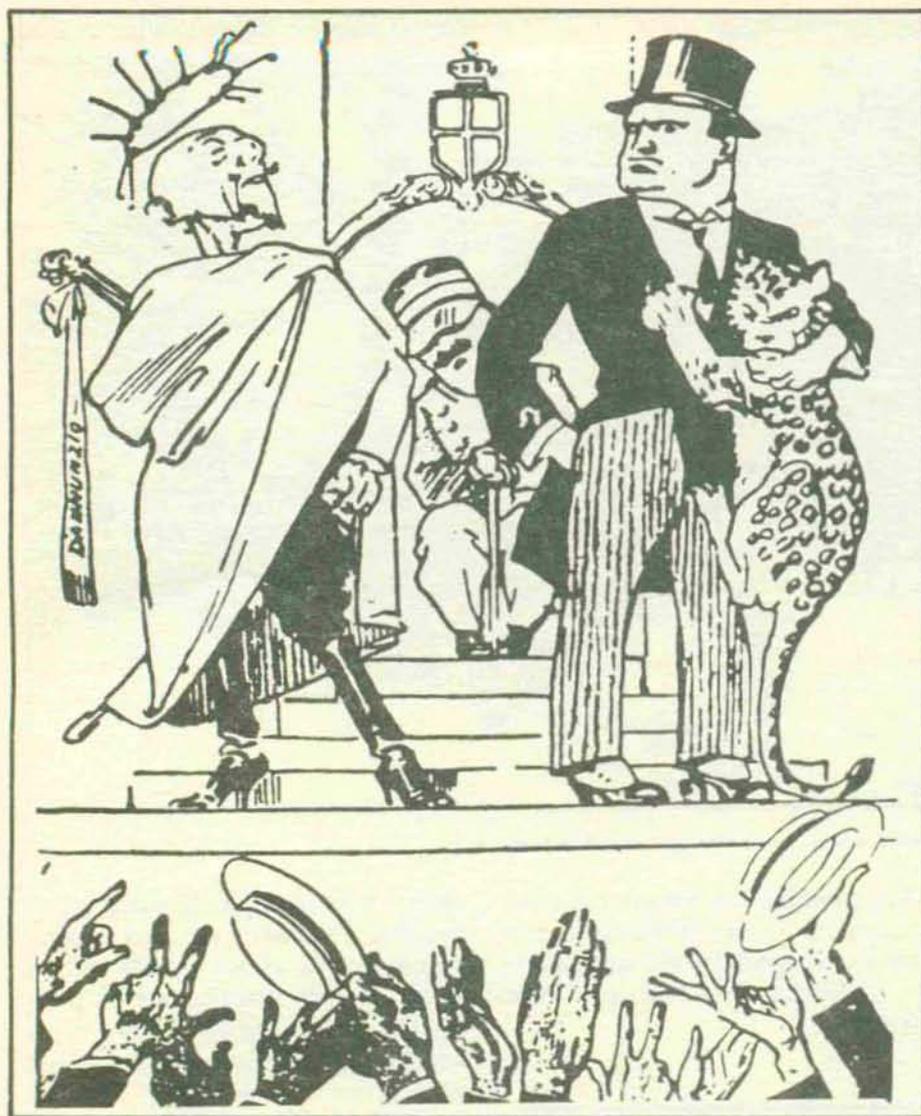
A mediados del año 20 ese equilibrio inestable entre burguesía y proletariado parece haberse inclinado a favor de la primera. Los industriales están unidos desde marzo; en agosto se constituye la Confederación Nacional de Agricultura, que agrupa a los grandes terratenientes; se forma así un bloque compacto entre latifundistas del sur y burguesía industrial del norte en defensa del orden y la propiedad.

En abril los obreros de Turín, pretextando un cambio oficial en el horario con el que no están de acuerdo, declaran la huelga en la FIAT, que inmediatamente se extiende a todo el Piamonte: medio millón de obreros se declaran en paro. En realidad, lo que se dilu-

cida en la huelga de abril es el reconocimiento de los «consejos de fábrica» frente a las «comisiones internas» por parte de la patronal. Los consejos, organismos ligados a los «soviets» rusos, elegidos en asamblea entre todos los trabajadores, pretenden sustituir a las comisiones elegidas entre los afiliados a los sindicatos. Naturalmente, ni la CGIL ni el PSI apoyan la huelga; tras diez días de paro los obreros vuelven al trabajo. El fracaso pesa entre los trabajadores y permite a los patronos recuperar algo de su fuerza. En este ambiente se va a comenzar a elaborar en julio, por la FIOM, rama del metal de la CGIL, el convenio que debía afectar a todo el sector. La patronal, tras la experiencia de abril, se ha crecido: «Hasta el presente hemos cedido siempre; ahora la cosa va a cambiar, y vamos a empezar por nosotros» (2).

Así, pues, los orígenes de la ocupación de las fábricas del año 20 no están en una cues-

(2) *Ibid.*, pág. 86.



«Viva el rey..., ¿pero cuál?» (Caricatura italiana.)

tión política, sino salarial; en junio se han rebajado los planteamientos que alentaron la huelga de abril. El 18 de ese mes representantes de la FIOM presentan a la asociación patronal una serie de demandas que incluían ajustes salariales, revisiones de las bonificaciones por el costo de la vida y la regulación de las escalas salariales de las fábricas y por zonas geográficas; reivindicaciones que no tocaban ni la cuestión de la representatividad obrera, ni el control de la producción.

Las demandas presentadas por el resto de los sindicatos, USI (anarquista), CIL (católico), UIL (nacionalista), fueron similares. El 22 la patronal contesta que no hará ninguna concesión, y el 13 de agosto se

rompen definitivamente las negociaciones. En un Congreso extraordinario de la FION, celebrado el 16-17 del mismo mes, se acuerda la aplicación del obstruccionismo como medida de fuerza; a partir del día 19 nadie hará horas extras, el trabajo seguirá la más estricta reglamentación y se disminuirán los ritmos de producción. La patronal define el obstruccionismo como un método ilegítimo de lucha sindical y decide enfrentarse a él con «toda una serie de medidas punitivas» (3). A pesar de la amenaza la producción baja un 40 por 100 y la situación es cada vez más tensa.

(3) *Quaderni di storia del PCI. Dalla crisi del primo dopoguerra alla fondazione del partito comunista. Roma, 71, pág. 50.*

El ministro de Trabajo, Labriola, quiere mediar en el conflicto, pero la patronal se niega; lo que en realidad pretenden los empresarios es que el Gobierno use de la fuerza para poner fin a la lucha.

La chispa va a saltar cuando el 22 de agosto Alfa-Romeo decía ir al «lock-out» pretextando sabotaje y presencia de elementos extraños a la plantilla en las fábricas. Así, la FIOM se ve obligada a declarar la huelga general el día 29. Al siguiente día la policía toma las plantas de la Romeo de Milán. La respuesta de los trabajadores es fulminante: a las 5 de la tarde del mismo día 280 fábricas de Milán son ocupadas por los trabajadores; el día 1 de septiembre las ocupaciones se extienden a Turín, donde los «bordiguistas» tienen una fuerte implantación en la FIAT, y a Génova; los más importantes centros industriales del Norte son ocupados sin generar ningún tipo de violencia.

Al frente de las ocupaciones se ponen los consejos de fábrica, que deciden continuar con la producción. Se requisan las materias primas existentes, pero de inmediato se plantea el problema de la financiación; los consejos optan por forzar las cajas fuertes de las empresas, en las que no encuentran dinero, pero sí extensas «listas negras» que exacerba el ánimo de los trabajadores. Esto no es óbice para que la disciplina se mantenga y la producción continúe. Esto supone un auténtico desafío al sistema capitalista; sin técnicos que supervisen, sin dirección patronal, la FIAT centro produce 37 automóviles diarios, que comparados con los 67 que salen en condiciones normales, es todo un éxito para este primer intento de gestión obrera.

Poco a poco las huelgas y las ocupaciones se extienden a otros ramos de la producción, que se solidarizan con sus compañeros metalúrgicos. En todos los centros ocupados se respira un aire de optimismo y

entusiasmo; esta experiencia es lo más próximo a la revolución que el obrero italiano ha estado soñando largo tiempo, pero el entusiasmo no es confianza ingenua. En las horas libres los obreros fabrican armas; guardias rojos patrullan entre las alambradas con que han rodeado las fábricas; se crean tribunales populares que velan por la disciplina interna y la seguridad de los centros; en la mayoría de las empresas ondean banderas rojas o negras.

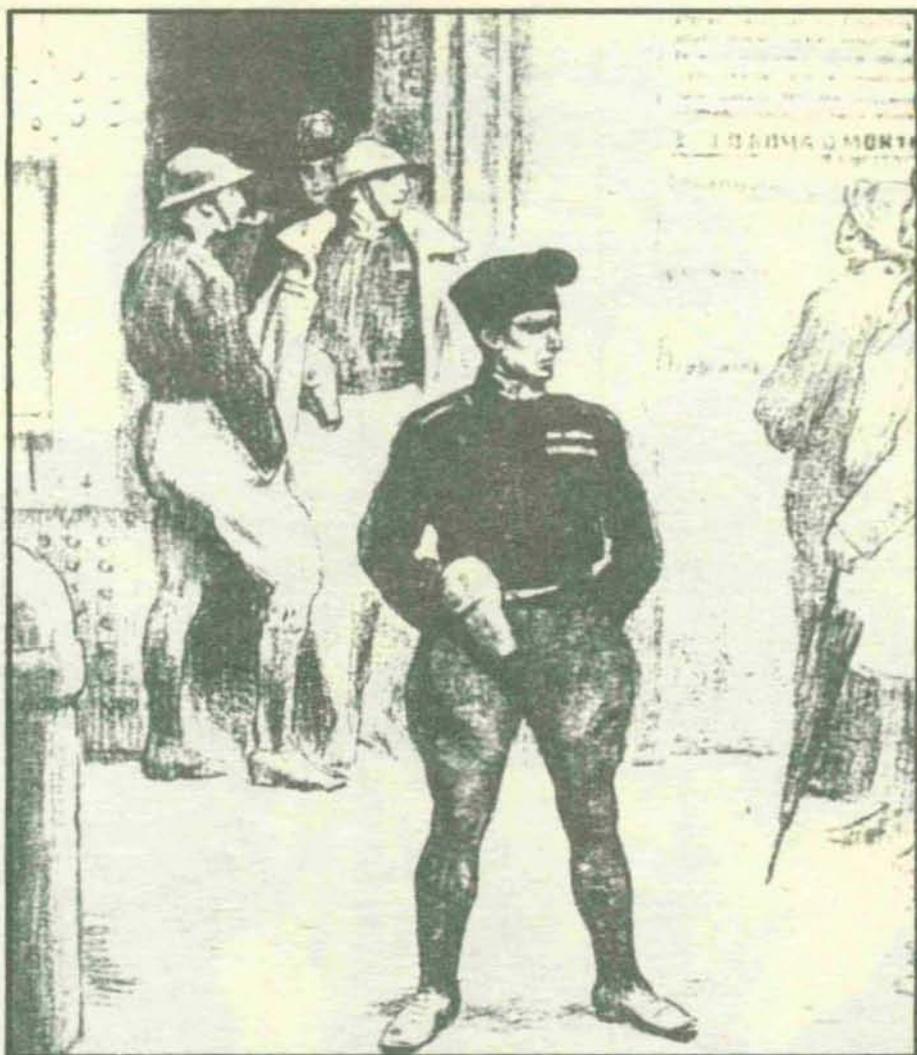
«Avanti», órgano socialista, celebra la ocupación de las fábricas y las valora en su justo punto:

«Las jerarquías sociales se han quebrado, los valores históricos se han invertido: las clases instrumentales se han convertido en clases dirigentes»(4).

Hasta los radicales liberales como Gobetti la aplauden:

«Sigo con simpatía los esfuerzos de los obreros que construyen realmente un orden nuevo. No me siento con fuerzas para seguirlos en su obra,

(4) «Vida de Antonio Gramsci». G. Fiori, pág. 167.



La oficina de Correos de Florencia ocupada por los fascistas (dibujo de G. Leroux).

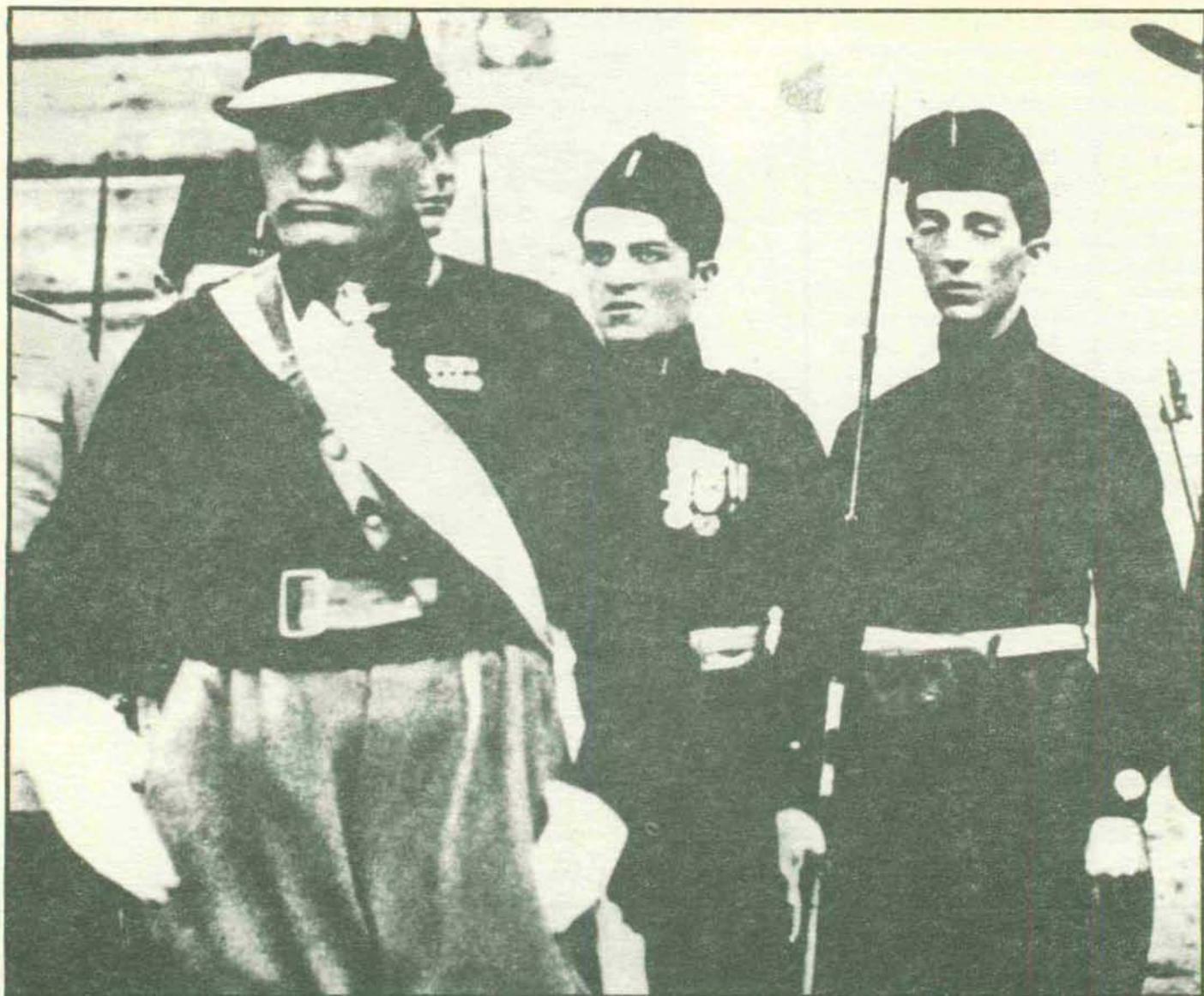


«¡Difícil caballo, Majestad!» (Caricatura italiana.)

al menos por ahora. Pero me parece que poco a poco se va clarificando y planteando la batalla más grande del siglo... Estamos ante un hecho histórico. Claro, que lo pueden ahogar en sangre; pero será entonces el comienzo de la decadencia...» (5).

Es, sin duda, uno de los momentos más aciagos de la burguesía italiana que intenta desesperadamente reaccionar. En primer lugar nombra una nueva comisión negociadora para que haga una nueva oferta salarial; pero ya es demasiado tarde para eso. El 10 de septiembre Mussolini va al encuentro del líder sindical moderado Bruno Buozzi para ofrecerse como mediador; sus proposiciones no son tenidas

(5) *Ibid.*, págs. 167-168.



Mussolini rodeado de su guardia personal: los «Moschettieri».

en cuenta. El último recurso de la patronal es el Gobierno, pero Giolitti no se presta con facilidad al juego de la violencia; hombre de la vieja escuela, pretende que el Estado esté al margen de la discusión social y se contenta con mantener el orden público. Hace rodear las fábricas por el ejército y, por si acaso, militariza los ferrocarriles para poder intervenir de un modo rápido en un caso de extrema necesidad. El comienzo de las ocupaciones le ha sorprendido en el campo, donde se entrevista con el socialdemócrata francés Mille-  
 ran; ni siquiera vuelve rápidamente a la capital; de paso por Turín se encuentra con Agnelli, uno de los prohombres de la Cofindustria, que le esplicita

que emplee la fuerza para acabar con la ocupación de la FIAT, de la que es copropietario; Giolitti le responde:

—Estoy en condiciones de poder hacerlo inmediatamente. Me basta dar la orden de que la FIAT sea bombardeada.

—¡No, no! —exclamó Agnelli, espantado.

—Entonces, ¿qué hago? (6).

El ¿qué hacer? no sólo era problema para la burguesía y el Gobierno. Los trabajadores y sus direcciones políticas también se lo planteaban. Para el PSI y la CGIL teóricamente la situación era clara; el 15 de ju-

lio, apenas dos meses antes de la ocupación ambas organizaciones habían firmado un acuerdo para combatir con denuedo por el triunfo de la República Universal de los Soviets. El 4 y 5 de septiembre, cuando la toma de las empresas por los trabajadores en un «fait accompli», la CGIL y el PSI se vuelven a reunir para condenar la actitud de la patronal y llamar a la solidaridad:

El día de la libertad y de la justicia está próximo» (7).

Pero ni el PSI ni la CGIL, ni ninguna otra organización, se atreven a concretar la fecha. Los mejores hombres del partido se encuentran en Rusia

(6) «La belle époque italiana». I. Montanelli, pág. 259.

(7) «Quaderni di storia...», pág. 50.

asistiendo al Segundo Congreso de la Internacional; así ocurre que mientras ellos se preparan para traer la revolución, ésta ya ha llegado y en Italia todo el mundo duda.

El 7 de septiembre en Sampierdarena se reúnen los anarquistas y barajan la posibilidad de ocupar el puerto de Génova y el resto de los puertos de la Liguria. Luego deciden aplazar la acción ante las seguridades dadas por el delegado de la CGIL, Colombino, de que su central va a llevarla a cabo. Por fin, el 9 de septiembre la ejecutiva socialista se reúne con la dirección nacional del sindicato; inmediatamente se plantea el problema central: la naturaleza de la huelga. Mientras el partido habla de situación revolucionaria, la CGIL coloca la lucha en un terreno intermedio entre lo reivindicativo y lo político y opina que lo que se dirime es un problema de control obrero en las empresas.

El día 10 se reúne por separado la directiva del sindicato, aunque son invitados representantes del partido. Por la federación de Turín acuden Togliatti, Benso y Tasca, hombres integrados en el círculo de «L' Ordine Nuovo». El líder sindicalista D' Aragona pregunta al grupo turinés si están en condiciones en su distrito de emprender una acción insurreccional; Benso contesta:

«Defender, podemos defendernos: pero si atacamos nos vencerán. Hay fábricas bien armadas y otras mal. ¿Ir al asalto? El parecer de los técnicos es negativo. La FIAT, que parece una de las mejor provistas, no tiene más de 50.000 balas de ametralladora: (8).

Togliatti precisa:

«Estábamos más dispuestos en abril que ahora... No deben ustedes contar únicamente con una acción empeñada desde Turín, no atacaremos solos: para poder atacar sería necesari-

ria una acción simultánea en el campo y, sobre todo, una acción nacional» (9).

La indecisión corroe a los dirigentes del movimiento; la discusión se prolonga dos días; D' Aragona ofrece la dirección de la lucha al partido; Genari, secretario de éste, devuelve la pelota, dejándose sea el Consejo Nacional de la CGIL quien decida. D' Aragona admite:

«Vosotros creéis que este es el momento para comenzar una acción revolucionaria pues bien: asumid la responsabilidad» (10).

El aguerrido grupo turinés, en boca de Togliatti, considera que:

«Es mejor la acción insurreccional, siempre que el eje-

cutivo que tiene el control nos lo diga»(11).

Como podemos apreciar, el fracaso de la dirección del movimiento obrero es patente; desde ese mismo momento la suerte estaba echada. El día 11 se somete la revolución a votación. Las tesis de la CGIL obtuvieron 591.245 votos, frente a los 409.567 del partido. Tasca comenta *a posteriori*:

«Los dirigentes del partido lanzaron un suspiro de alivio» (12).

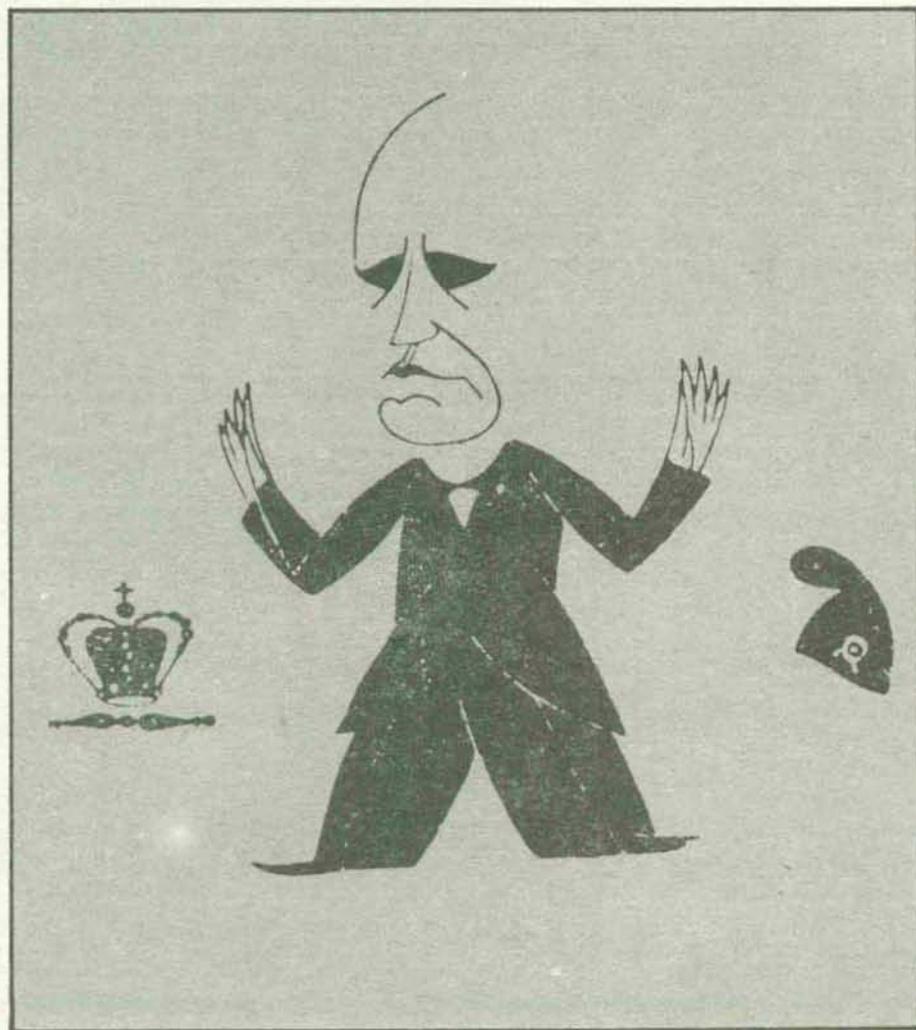
Así quedó aprobada la disposición del sindicato, por la cual la CGIL asumía la dirección del movimiento y lo orientaba a conseguir de los empresarios un reconocimiento del control sindical en las fábricas que abriese el paso a la

(9) «Historia del movimiento obrero italiano». D. Horowitz, pág. 220.

(10) *Ibid.*, pág. 221.

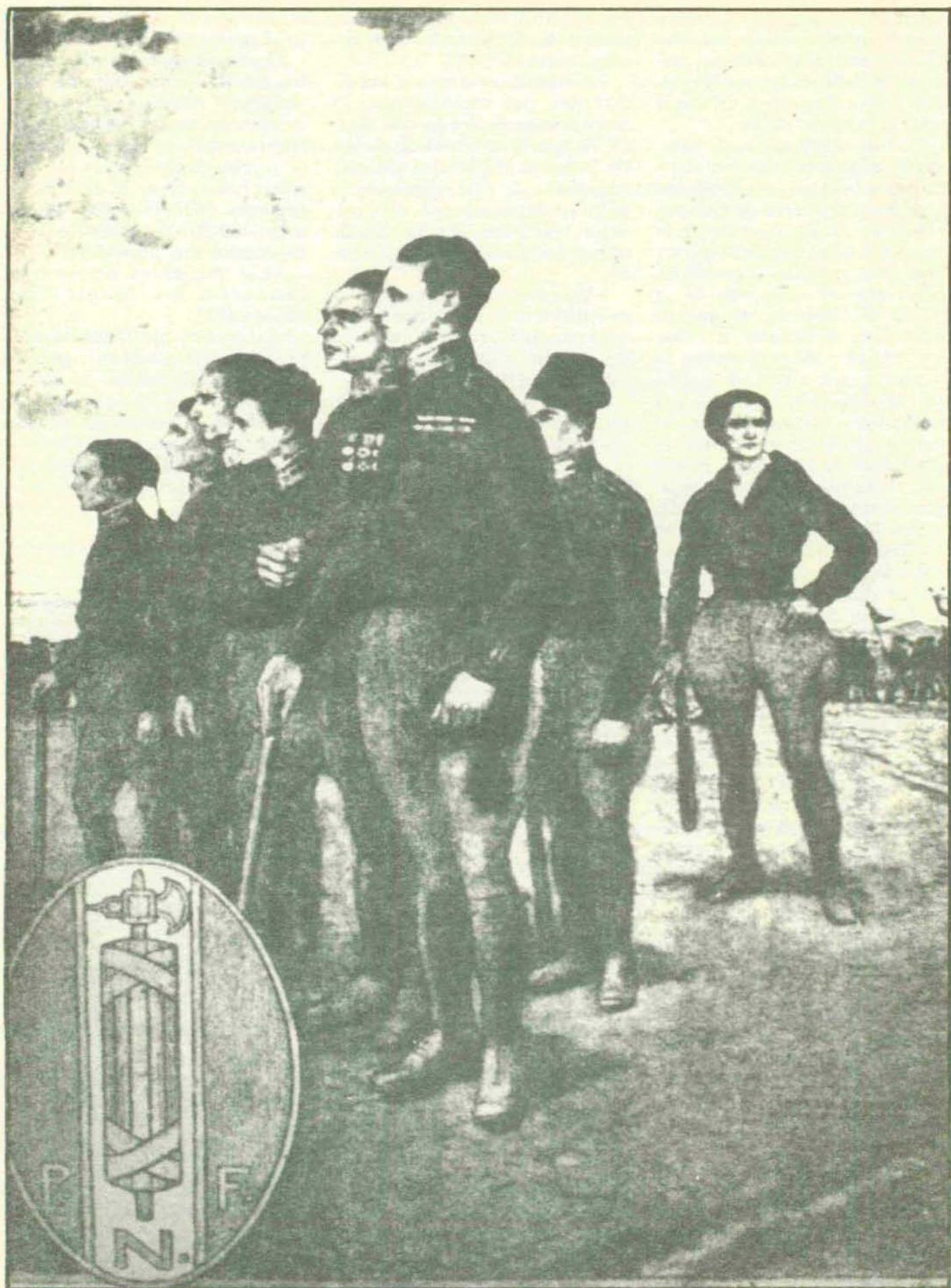
(11) *Ibid.*, pág. 222.

(12) «El nacimiento del fascismo», pág. 90 (opus citada).



«Mussolini duda: ¿Monarquía o República?». (Dibujo de Bruno Angoletta.)

(8) «Palmiro Togliatti». G. Bocca, pág. 46.



Fascistas toscanos. (Dibujo de G. Leroux, aparecido en «L'illustration».)

socialización. Era el ideal del reformismo llevado a sus últimas consecuencias.

---

### El fin de las ocupaciones

---

En las fábricas pesa la indecisión y se hace sentir el cansancio; bloqueado el movimiento, éste se autoconsume. Agotadas las materias primas disponibles, el problema de la financiación se torna acuciante. En el colmo de la ingenuidad los dirigentes sindicales pretenden recurrir a los Bancos; éstos, naturalmente, niegan todo apoyo. La FIAT-Soviet de Turín llega a emitir moneda revolucionaria, siendo imitada por otras empresas, pero esta moneda carece de toda validez. No se puede crear un estado soviético en el seno de un estado capitalista sin tomar el poder político.

Ni los grupos bordiguistas, ni los de «L' Ordine Nuovo», capitaneados por Gramsci, ni ningún otro, se atreven a romper con el partido y encabezar el movimiento; por el contrario, hacen todo lo posible para evitar la ruptura cuando sus propias bases la plantean; les hablan de esperar a que pase la marea.

La única salida que queda es la negociación. El momento esperado por Giolitti ha llegado: el día 15 comienzan en Turín los contactos entre ambas partes. Pocos días después se crea por decreto-ley una comisión bipartita para estudiar y redactar un proyecto sobre la participación obrera en las empresas; el mismo Giolitti se comprometió a presentarlo en el Parlamento una vez elaborado. Los sindicatos picaron el anzuelo: el proyecto jamás se redactó.

Se llegó a un acuerdo sobre los salarios, que fueron ligeramente incrementados; se acordó también que no se pagarían los días de huelga, pero tampoco se impondrían sanciones.

La ocupación duró mientras duraron las negociaciones. El resultado de éstas fue aprobado en un Congreso especial de la FIOM el día 22, y luego, por referéndum, entre todos los obreros implicados. Por 148.940 contra 42.140 se decidió evacuar las fábricas el 27 de septiembre y reanudar el trabajo antes del 5 de octubre. El día 1 del mismo mes se firmó el convenio definitivo. En ningún punto de su articulado se mencionaba la palabra «control» o «participación»; la ocupación había concluido definitivamente.

---

### Conclusiones

---

El movimiento obrero salía de esta experiencia derrotado

y en crisis. Muchos trabajadores se preguntaban cómo era posible haber sido derrotados cuando estaban tan cerca del triunfo, y hablan de traición. En enero de 1921, a las pocas semanas de haber terminado la ocupación, en el Congreso de Livorno el viejo PSI se fracciona, dando origen al PCI; el tardío alumbramiento sólo sirve para sembrar más el desconcierto entre la clase obrera.

Por otra lado, la burguesía está aterrada; ha sentido muy cerca el frío de la muerte y se da cuenta que ha sonado la hora de adoptar medidas de excepción; las viejas soluciones decimonónicas ya no sirven. Hay que echar mano de nuevas fórmulas: el fascismo está en puertas, la ceremonia de la violencia y puede comenzar. ■  
R. A. y E. C.



Un año después de la «Marcha sobre Roma». Mussolini al lado del rey Víctor Manuel III.